

Temática de las obras lexicográficas chilenas y estudios afines. Una visión panorámica*

*Ambrosio Rabanales***
Universidad de Chile
Academia Chilena de la Lengua

Para Paola Bentivoglio como modesto
homenaje, muy cordialmente.

Resumen

En este artículo, como se señala en el título, se trata de dar una visión de conjunto –aunque no exhaustiva– de los temas que, siendo muy variados, han interesado a los investigadores chilenos para la elaboración de sus diccionarios, vocabularios, glosarios o ensayos de carácter léxico.

Palabras clave: lexicografía, temática, español de Chile.

* Versión muy ampliada del artículo “En torno a la lexicografía chilena y estudios afines. Una visión panorámica”, colaboración para el muy merecido *Homenaje* a Paola Bentivoglio.

** Para correspondencia dirigirse a: Ambrosio Rabanales (amrabanales@yahoo.com), Departamento de Lingüística, Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Av. Ignacio Carrera Pinto 1025, Tercer piso, Ñuñoa, Santiago, Chile.

Abstract

In this article, as stated in the title, we intend to provide a global – though not exhaustive- survey of the topics that, being quite varied, have interested Chilean researchers to elaborate their dictionaries, vocabularies, glossaries or lexical nature essays.

Key Words: lexicographic, thematic, Chilean Spanish.

Recibido: 1-04-2005. Aceptado: 3-07-2006.

El interés en Chile por el estudio del vocabulario es de muy antigua data, pues se remonta a comienzos del siglo XVII. En efecto, en 1606 el padre Luis de Valdivia escribe su *Arte y gramática general de la lengua que corre en todo el Reyno de Chile, con un vocabulario y confessionario*, publicado en Lima. Se trata del primer misionero chileno interesado por el araucano o m a p u c h e o m a p u d u n g u n, la más importante de las lenguas indígenas de nuestro país. Después harán lo mismo otros misioneros igualmente dedicados a la cristianización de nuestros indios, tales como Andrés Febrés: *Arte de la lengua general del Reyno de Chile...*¹, con un “Breve diccionario sobre algunas palabras más usuales”; Bernardo Havestadt: *Chilidüg’u sive Res Chilensis*², escrito en latín. En la IV parte de la obra se incluye un vocabulario araucano-latín, y en la V parte, un vocabulario latino-araucano; Félix José de Augusta, con muy buena formación lingüística: *Diccionario araucano-español y español-araucano*³, donde las voces aparecen en transcripción fonética; Ernesto Wilhelm de Moesbach: *Idioma mapuche...*⁴, con un “Breve vocabulario mapuche”, y Sebastián Englert, el mejor conocedor de la lengua pascuense o r a p a n u i, autor de un *Diccionario rapa nui-español*⁵, redactado en la Isla de Pascua, y de *La tierra de Hotu Matu’a. Historia, etnografía y lengua de la Isla de Pascua*⁶, que contiene un amplio “Diccionario rapa nui-español”. De los

¹ Lima, 1765. Esta nota y las que siguen solo contienen información bibliográfica.

² Monasterii Westphaliae, 1777.

³ Santiago, 1916.

⁴ Padre las Casas, 1963.

⁵ Santiago, 1938.

⁶ Padre Las Casas, 1948.

cinco autores señalados, tres son alemanes, lo que muestra claramente la importancia que Alemania ha tenido desde muy temprano en la actividad lingüística de Chile. La obra de Englert se complementa con el *Vocabulario de la lengua Rapa-Nui*⁷, de Edgardo Martínez, y el *Diccionario y gramática de la lengua de la Isla de Pascua. Pascuense-castellano, Castellano-pascuense*, con versión en inglés, de Jordi Fuentes⁸, y *Geo-etimología de la Isla de Pascua*, de Carlos Charlín Ojeda⁹, donde se aplica un “método de análisis científico” con el que se “interpreta las denominaciones de los accidentes geográficos en función de su origen etimológico, relacionándolos con sus objetivos económicos, sociales o espirituales” (p. 5).

Pero no solo el mapudungun y el rapanui han sido objeto de estudio en cuanto a su vocabulario, sino también el *k u n z a* o atacameño; entre varios otros, “La lengua atacameña”¹⁰, del abogado Aníbal Echeverría y Reyes. Contiene un vocabulario español-cunza de 299 voces. También del mismo autor en colaboración con Emilio Vaïsse y Félix Segundo Hoyos (ninguno de ellos lingüista): “Glosario de la lengua atacameña”¹¹. Además, el *payo*, el *antiguo chono*, el *pampa*, el grupo *tshon*, el *y a g á n o* y *á m a n a*, cuyo último representante, una mujer, falleció a comienzos de abril de 1983; el *s e l k'n a m*, y muy particularmente el *q a w á s q a r o k a w e s q a r*, más conocido con el nombre de “alacalufe”, hablado por muy pocas personas, y estudiado modernamente por Christos Clairis: *El qawasqar. Lingüística fueguina: Teoría y descripción*¹²; contiene un léxico qawasqar-español, que ocupa las páginas 317-355, y Óscar Aguilera, autor este último¹³ del *Léxico español-kawesqar, kawesqar-español (Alacalufe septentrional)*.

En cuanto al español mismo, es necesario distinguir entre los trabajos relativos al español común, al español de América en general y al *e s p a ñ o l d e C h i l e* en particular. Al español común se refiere el *Nuevo diccionario de la lengua castellana*¹⁴, del lingüista y filólogo Rodolfo Oroz. Se mantiene, como se ve, la antigua denominación de “lengua castellana”, en lugar de la más adecuada de “lengua española”. De carácter enciclopédico, en cambio, con alusión preferentemente a lo chileno, es el *Breve*

⁷ Santiago, 1913.

⁸ Santiago, Andrés Bello, 1960.

⁹ Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1947.

¹⁰ En *Áncona*, 3, Santiago, Centro Universitario de Antofagasta, sin año, pp. 89-100.

¹¹ En *AUCh*, 1895: 527-556.

¹² Anejo 12 de *Estudios filológicos*, Valdivia, 1985.

¹³ Santiago, 1976.

¹⁴ Santiago, Edit. Zig-Zag, 1943. Hay 2.ª edición.

*diccionario enciclopédico chileno*¹⁵, de César Silva Cortés. Una obra diferente es *Semántica española. Aceptaciones primitivas y cambio de significado en las palabras españolas*¹⁶, del lingüista Roberto Vilches Acuña; se trata, pues, de un estudio diacrónico en que las voces consideradas están organizadas en campos semánticos y alfabéticamente dentro de cada uno de ellos; puede estimarse también como un diccionario etimológico. Finaliza con un “Índice de palabras explicadas” presentado en orden alfabético.

Las obras relativas al español de Chile que contienen información léxica son numerosas, de las cuales algunas cubren todo el territorio nacional, y llevan generalmente el nombre de “diccionario de chilenismos”, como veremos más adelante, y otras, solo parte de él, dando origen así a diversos estudios regionales, desde Arica, en el norte, por ej. *Diccionario de voces del norte de Chile. Geografía – Toponimia – Etimologías – Historia – Arqueología – Botánica – Zoología – Folklore – Minería – Tipología social – Leyendas y el Habla*¹⁷, de Mario Bahamonde; un glosario del léxico característico de la provincia de Coquimbo: “Primer viaje de investigación del Instituto de Filología de la Universidad de Chile”, 12 al 24 de septiembre de 1944¹⁸, con varios dibujos ilustrativos, de Ambrosio Rabanales Ortiz y Luis Cifuentes García, y, al sur, pasando por Cautín, el “Léxico rural de la provincia de Cautín. Estudio lingüístico-etnográfico”¹⁹, de Carlos Ramírez, con transcripción fonética de las voces citadas y numerosas ilustraciones; hasta Chiloé, más al sur. Sobre esta provincia, que “se distingue por su profusión de locuciones y vocablos genuinos”, han escrito, entre otros, Francisco J. Cavada, autor de *Diccionario manual isleño. Provincialismos de Chile*²⁰, y de varias otras obras relacionadas con el mismo tema. La gran mayoría de los términos que aparecen en este diccionario son de origen huilliche o veliche, una variedad del mapudungun. También Agustín Álvarez Sotomayor: “Vocablos y modismos del lenguaje de Chiloé”²¹; Nicasio Tangol: *Diccionario etimológico chilote*²², y Renato Cárdenas A. y Alberto Trujillo A.: *Apuntes para un diccionario de Chiloé*²³.

¹⁵ Santiago, Edit. Ercilla, 1938.

¹⁶ Buenos Aires, Edit. Kapelusz, 1954.

¹⁷ Santiago, Edit. Nascimento, 1978.

¹⁸ En *BFUCh* 4, 1944-1946: 157-220.

¹⁹ En *Revista de dialectología y tradiciones populares*, Madrid, Tomo XXVII, Cuadernos 1º y 2º, 1971: 307-348

²⁰ Santiago, 1921.

²¹ En *AUCh*, Año CIV, N.ºs 65 y 66, 1947: 65-171.

²² Santiago, Edit. Nascimento, 1976.

²³ Santiago, 1978.

En todos los casos hasta aquí señalados, la investigación se centra en una sola lengua, pero la hay también sobre *lenguas en contacto y multilingüismo*. Se ha estudiado, en este sentido, tanto el aporte vocabular del español a lenguas no hispánicas (al mapudungun, por ejemplo), como el aporte vocabular de lenguas no hispánicas al español, de las cuales algunas son indígenas (mapudungun, quechua, aimara, kunza, veliche, rapanui) y otras europeas, muy especialmente el inglés (anglicismos), el francés (galicismos) y el italiano (italianismos), sin que falte, aunque en grado menor, el alemán (con alemanismos tales como *kindergarten* y *kindergarterina*, *kuchen*, *berlín*, *pilsener*, etc.) Hay que agregar, además, los trabajos que muestran la influencia de una lengua indígena en otra, como la del aimara y el quechua en el mapudungun, y un estudio contrastivo del padre Englert sobre esta última lengua y el rapanui. Y en el área de las lenguas modernas, un excelente *Glosario internacional inglés-español*, de Marina Orellana, profesora de inglés, con la colaboración de John Chadburn (1967), que reúne una gran cantidad de términos usados en organizaciones internacionales. La segunda edición, de 1969, agrega la parte “Spanish-English”. En 1994 apareció, de los mismos autores, la tercera edición, revisada y aumentada, de esta misma obra, con el título ahora de *Glosario internacional para el traductor*²⁴, una voluminosa publicación de 645 páginas. Bilingüe, español-inglés, es también *How to survive in the Chilean Jungle (y aprender los modismos en inglés)*, de John Brennan y Álvaro Taboada²⁵, en que se dan a conocer los más comunes modismos y dichos del español coloquial de Chile explicados en inglés y con sus equivalentes norteamericanos. Es trilingüe, en cambio, el *Diccionario lingüístico-etnográfico de la lengua mapuche. Mapudungun-español-inglés*²⁶, de la lingüista mapuche y profesora de inglés María Catrileo. En él, los términos considerados de uso más frecuente no están ordenados alfabéticamente –lo que es una innovación–, sino en centros de interés (campos semánticos), cinco en total, en torno a situaciones de comunicación (el hombre en su entorno familiar, la tierra, los animales, etc.) y según se trate de sustantivos, adjetivos o verbos; las voces del mapudungun se consignan, con muy buen criterio, de acuerdo con el alfabeto unificado y con ejemplos, traducidos primero palabra por palabra, y luego, interpretativamente, lo cual constituye otra innovación; complementan la obra numerosas ilustraciones y tres

²⁴ Santiago, Edit. Universitaria.

²⁵ 8.^a ed., Santiago, Instituto Chileno Norteamericano, Dolmen Ediciones, 1996.

²⁶ 3.^a ed., Santiago, Edit. Andrés Bello, 1998 [1995].

índices alfabéticos: mapudungun, español e inglés. Otro texto igualmente trilingüe, con características similares a las del anterior, es el *Diccionario ilustrado mapudungun-español-inglés*²⁷, de Arturo Hernández Sallés, Nelly Ramos Pizarro y Carlos Cárcamo Luna. Contiene más de mil vocablos de uso más frecuente en mapudungun, transcritos también según el alfabeto unificado y organizados en trece campos semánticos, y, como complemento, dos glosarios: mapudungun-español-inglés, y español-mapudungun.

El tema del aporte de las lenguas indígenas al español de Chile ha sido ampliamente tratado, aunque con resultados de muy desigual calidad: hay estudios hechos por simples aficionados, con más fantasía que erudición, y los hay también elaborados con criterios verdaderamente científicos. Entre estos últimos, el más completo y el mejor hasta el día de hoy, metodológicamente, sigue siendo el *Diccionario etimológico de las voces chilenas derivadas de lenguas indígenas americanas*, de Rodolfo Lenz, publicado en Santiago entre 1904 y 1910, y del cual se ha hecho una nueva edición dirigida por el filólogo Mario Ferreccio, sin indicación de año, corregida, reordenada y aumentada de acuerdo con notas manuscritas del propio Lenz. Está basada en parte en una obra similar, pero de muy inferior calidad, aparecida dos años antes, de Alejandro Cañas Pinochet, con el nombre de “Estudios etimológicos de las palabras de origen indígena usadas en el lenguaje vulgar que se habla en Chile”²⁸. Un buen complemento de la obra de Lenz es *Voz de Arauco. Explicación de los nombres indígenas de Chile*, del padre Moesbach²⁹, igualmente etimológico y dedicado principalmente a la toponimia. Desde entonces hasta ahora, y gracias al progreso de la lexicografía, mucho han mejorado las investigaciones sobre este campo, siendo posteriores una de Carmen San Martín Martínez: “Los indigenismos en el español de Chile”³⁰, que registra 227 términos de diversas lenguas indígenas, lamentablemente sin dar su significado; una del sociolingüista Luis Prieto: “Indigenismos léxicos en las publicaciones periódicas de Santiago de Chile”³¹ y otra de la lingüista Alba Valencia: “Voces amerindias en el español culto oral de Santiago de Chile”³², primer estudio sobre este tópico tomando como base el uso que de tales voces hace el hablante culto de la capital. También, de la misma

²⁷ Santiago, Pehuén, 1997.

²⁸ En *Actes de la Société Scientifique du Chili*, t. XII, 1902: 80-144.

²⁹ Padre Las Casas, 1960.

³⁰ En *BFUCh*, XXV-XXVI, 1974-1975: 299-307.

³¹ En *BFUCh* XXX, 1979: 105-240.

³² En I: *BFUCh* XXVII, 1976: 281-329; II: *BFUCh* XXVIII, 1977: 315-374.

autora, “Los indigenismos en el habla culta de Santiago de Chile”³³. El aporte indígena se aprecia igualmente en dos trabajos del botánico Hugo Gunckel que comento más adelante (“Nombres indígenas relacionados con la flora chilena” y “El idioma mapuche en la nomenclatura botánica chilena”), y en la toponimia, como también se verá.

El tema del aporte de las lenguas europeas al español, preferentemente de Chile, ha sido enfocado tanto con criterio correctivo o prescriptivo –tal es el caso de la obra del padre Raimundo Morales titulada muy expresivamente *Un barrido literario. Estudios sobre extranjerismos*³⁴, más de 1000, donde “barre” con la mayoría de las voces, de las cuales un gran número tiene hoy plena vigencia–, como con criterio puramente descriptivo, según lo ponen de manifiesto los estudios sobre anglicismos del lingüista y filólogo Rodolfo Oroz: “El castellano de nuestros deportistas”³⁵, circunscrito a la jerga futbolística; Elizabeth V. Peyton y Guillermo Rojas Carrasco: *Anglicismos*³⁶, y de la lingüista Lidia Contreras: “Los anglicismos en el lenguaje deportivo chileno”³⁷, *Diccionario histórico del deporte*³⁸, y “Los anglicismos en el léxico del habla culta de Santiago de Chile”³⁹. Este último es el resultado de una encuesta de carácter más general, como se verá más adelante. María Natalia Castillo Fadić ha estudiado los “préstamos léxicos sincrónicos de origen inglés” registrados en el *Diccionario de la lengua española* (1992) de la RAE, en su tesis de magistratura (maestría) *Los llamados extranjerismos en el Diccionario de la Real Academia Española: criterios de selección y adaptación. Análisis metalexicográfico y reformulación*⁴⁰. La obra es particularmente importante porque en ella la autora se propone, en relación con los llamados anglicismos léxicos –denominación que desaprueba– “describir y analizar críticamente los criterios que subyacen a su incorporación y adaptación en la [...] edición [de] 1992 del *DRAE*” (p. 6), lo que la hace ser en este

³³ En *Actas del V Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina*, Caracas, 1978, Caracas, Universidad Central de Venezuela, 1986: 672-679.

³⁴ Santiago, 1929.

³⁵ En *Studium* [Santiago], Año I, N° 3, 1926: 238-249.

³⁶ Valparaíso, Edit. Amanecer, 1944.

³⁷ En *Boletín de Filología*, Universidad de Chile, VII, 1952-1953: 177-341.

³⁸ Santiago, Arancibia Hermanos, 1962.

³⁹ En *Actas del VI Congreso Internacional de la Asociación de Lingüística y Filología de la América Latina*, Phoenix, Arizona, septiembre de 1981, México, UNAM, 1988: 593-654.

⁴⁰ Santiago, Instituto de Letras, Pontificia Universidad Católica de Chile, 1998.

sentido bastante original. También Lidia Contreras se ha ocupado, de un modo más amplio, de lo que denominó “Extranjerismos e indigenismos en el léxico chileno relativo a la alimentación”⁴¹. Yo he hecho otro tanto en relación con el cuerpo humano en “Términos de base indígena y extranjera en el léxico relativo al cuerpo humano, del habla culta de Santiago de Chile” (ibíd. 549-564). En el primero hay once lenguas representadas, incluyendo el inglés; en el segundo, solo cinco, con ausencia del inglés. Sobre la influencia de esta lengua en nuestro español trata asimismo el artículo del lingüista Leopoldo Sáez “FUS(ión inicial - fin)AL. Anglicismos en el español de Chile”⁴². Alude a términos resultado de constituyentes que se sueldan eliminando los segmentos internos, conservando solo los extremos, como *transistor*, de *trans* (fer res) *istor*; *bit*, de *b*(inary dig) *it*, etc., que el autor llama “fusales”. Los *galicismos* tienen un minucioso tratamiento en “Galicismos léxicos en la prensa de Santiago de Chile, 1976-1985”⁴³, de Luis Prieto, y, del mismo autor, los *italianismos*, en “Italianismos léxicos en la prensa de Santiago de Chile, 1976-1993”⁴⁴.

Si enfocamos ahora la lexicografía en Chile desde otro punto de vista temático, veremos que hay una rica variedad de aspectos considerados. Por ejemplo, el de la *toponimia*, *geonimia*, *oronimia* e *hidronimia* chilenas, sobre los cuales hay estudios tanto de carácter nacional como regional. Ya en el siglo XIX aparece el *Diccionario Geográfico de la República de Chile*, de Francisco Solano Astaburuaga y Cienfuegos, en cuya segunda edición⁴⁵ –además de informarse sobre lugares, cerros, fundos, quebradas, ríos, riachuelos, etc.– se nos da la etimología de algunos nombres de procedencia indígena. Del siglo XX, en cambio, son, entre otros, el trabajo de Juan A. Valderrama, *Diccionario histórico-geográfico de la Araucanía*⁴⁶; el del ingeniero y geógrafo Ernesto Greve, *La nomenclatura geográfica y la terminología técnica*⁴⁷, donde se consigna principalmente la nomenclatura geográfica de origen indígena de

⁴¹ En *Philologica Hispaniensia in Honorem Manuel Alvar I. Dialectología*. Madrid, Gredos, 1983: 159-174.

⁴² En su *Por los caminos del lenguaje*, Temuco, Ediciones Universidad de la Frontera-Sochil, 1998: 47-66.

⁴³ En *BFUCh XXXIII*, 1992: 79-249.

⁴⁴ En *BFUCh XXXIV*, 1993-1994: 271-459.

⁴⁵ Santiago, 1890.

⁴⁶ 2.^a ed., Santiago, 1928.

⁴⁷ Santiago, 1938.

nuestro país; el de Luis Risopatrón Sánchez, *Diccionario geográfico de Chile*⁴⁸, con información sobre 2.800 puntos o lugares, y la obra de nuestro Instituto Geográfico Militar titulada *Terminología geográfica hispano-americana*⁴⁹, que comprende los tecnicismos de uso corriente en textos y mapas geográficos; lamentablemente, la escritura griega empleada en algunas de sus etimologías está tan llena de erratas que las hace inutilizables. Posteriormente el mismo Instituto publicó un *Listado de nombres geográficos* en dos tomos⁵⁰. Es importante también la obra de Guillermo M. Bañados: *Apuntes para un diccionario marítimo militar chileno*⁵¹, y del mismo autor: *Definiciones geográficas aplicadas a Chile*⁵². De carácter toponímico son, por ejemplo, “Ensayo sobre los indios chonos e interpretación de sus toponimias” [sic]⁵³, del médico Jorge Ibar Bruce; “Los topónimos de Valparaíso. Clasificación”⁵⁴, de Leopoldo Sáez Godoy; *Vicuña y la toponimia del valle de Elqui*⁵⁵, de Hernán Carvajal Lazo; *Diccionario geográfico-etimológico indígena de las provincias Valdivia, Osorno y Llanquihue*⁵⁶, de Walterio Meyer Rusca, con la colaboración del padre Ernesto Wilhelm de Moesbach; *Onomástica indígena de Chile. Toponimia de Osorno, Llanquihue y Chiloé*⁵⁷, del lingüista Carlos Ramírez Sánchez; del mismo autor: *Toponimia indígena de Cautín. Estudio lingüístico*⁵⁸; *Toponimia de Valdivia*⁵⁹, de Mario Bernal Lillo, y de este mismo lingüista: “Acerca de la unidad y variedad de los hidrotopónimos”⁶⁰, donde se advierte que “el estado del agua, su curso, el color, los ruidos que emite, su vinculación con la flora y fauna, los saltillos, sus creencias, terminan por motivar al hombre de la [IX] Región, bautizándola con los elementos lingüísticos más característicos” (p. 108). Son igualmente toponímicos *Lugares con nombres autóctonos*, tercera parte de la obra *Voces indígenas de uso común en*

⁴⁸ Santiago, 1924.

⁴⁹ Santiago, 1958.

⁵⁰ Santiago, 1983.

⁵¹ Santiago, 1924.

⁵² Santiago, 1936.

⁵³ En *AUCh*, CXVIII, N° 117, 1960: 61-70.

⁵⁴ En *Revista del Pacífico* [Valparaíso], Año 1, N° 1, 1964: 129-141.

⁵⁵ La Serena, Universidad de La Serena, 1993.

⁵⁶ Padre Las Casas, 1955.

⁵⁷ Valdivia, Universidad Austral de Chile, 1988.

⁵⁸ Valdivia, Universidad Austral de Chile, 1983.

⁵⁹ Temuco, Universidad de La Frontera, 1990.

⁶⁰ En *Segundas Jornadas de Lengua y Literatura Mapuches*, Vol. 2, Temuco, 1986: 107-115.

*Chile*⁶¹, del médico Juan Grau, con la cooperación de algunos indígenas del norte, centro y sur del país; “Ensayo de topónimos más comunes en la Primera Región de Tarapacá”⁶², de Manuel Mamani; *Diccionario de toponimia kunza*⁶³, del lingüista Roberto Lehnert Santander, y considerando toda la toponimia chilena: *¿Por qué se llama como se llama cada ciudad, pueblo y aldea de Chile? Guía de toponimia chilena*⁶⁴, con la etimología del nombre y la situación geográfica del referente, de Alejandro Soffia V, con la colaboración del consultor lexicográfico y asesor lingüístico Felipe Moreno Pérez, y Sofía Painiqueo, traductora del mapudungun.

El campo de la *z o o n i m i a*, por su parte, comprende trabajos relativos a los peces, como el de Federico Delfín, “Concordancia de nombres vulgares y científicos de los peces de Chile”⁶⁵, o el de Guillermo Mann F., *La vida de los peces en aguas chilenas*⁶⁶, con un índice alfabético de nombres de los peces; relativos a los vertebrados, como el *Catálogo ilustrado y descriptivo de los vertebrados vivientes conservados en el Departamento de Zoología del Museo Nacional* (1911), de Bernardino Quijada; a animales salvajes, como *Animales salvajes de Chile en su clasificación moderna. Su vida y costumbres*⁶⁷, del padre Rafael Housse (se completa con un índice alfabético de nombres científicos y un índice de materias), y a las aves de Chile, como, del mismo autor: *Las aves de Chile en su clasificación moderna. Su vida y costumbres*⁶⁸, con un índice alfabético de nombres vulgares de las aves; *Las aves de Chile. Su conocimiento y sus costumbres*⁶⁹, que se completa con un índice alfabético de nombres vulgares y un índice de nombres científicos, de J. D. Goodall et al., y una obra anterior a ambas: “Nomenclatura actual y distribución geográfica de las aves continentales de Chile”⁷⁰, de Carlos Reed, publicaciones que, aunque no tienen intención lingüística, pues no se ocupan directamente del léxico de nuestra lengua, sino de sus referentes, proporcionan una rica información sobre las denominaciones vernáculas —de variada sinonimia— usadas en nuestro país. Con

⁶¹ 3.ª ed., Santiago, Ediciones Oikos, 2002.

⁶² Facultad de Humanidades y Letras, Universidad de Tarapacá, Arica, 1985.

⁶³ Antofagasta, Universidad de Antofagasta, 1994.

⁶⁴ Santiago, Edit. Grijalbo, 3.ª ed., 2001.

⁶⁵ En *Revista. de Marina* [Valparaíso] 32 (1902), 191: 535-536; 192: 645-648.

⁶⁶ Santiago, 1954.

⁶⁷ Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1953.

⁶⁸ Santiago, Ediciones de la Universidad de Chile, 1945.

⁶⁹ Tomo 1º, Buenos Aires, 1946; Tomo 2.º, *ibid.*, 1951.

⁷⁰ En *ASSCh* 43, 1933: 5-48.

posterioridad se han escrito, entre otros, de Claudio Venegas: *Aves de Magallanes*⁷¹; de Sergio Zunino et al.: *Las rapaces de Chile*⁷² y de Iván Lazo: *Guía de las aves más frecuentes en Chile*⁷³. De Oroz es: *Los animales en la poesía de Gabriela Mistral*⁷⁴. Por su parte, Alba Valencia y Gilda Tassara han publicado “Zoonimias en tres obras de Neruda”⁷⁵, estudio que tiene como objetivo “poner de relieve la relación del poeta con los seres del entorno natural” (pp. 11-12), objetivo semejante al de Oroz; los nombres registrados se estudian etimológicamente y se hace una estadística de su frecuencia.

Otro tanto puede decirse de la mayoría de las obras relacionadas con el campo de la fitonimia, entre las cuales se cuenta la del botánico Víctor Manuel Baeza: *Los nombres vulgares de las plantas silvestres de Chile y su concordancia con los nombres científicos y observaciones sobre la aplicación técnica y medicinal de algunas especies*⁷⁶, obra, esta, en que el autor da frecuentemente la etimología de los nombres científicos; la de Fernando Mena M.: “Lexicografía de la flora de Lago Ranco: usos terapéuticos y domésticos”⁷⁷, y los diferentes estudios del botánico Hugo Gunckel, de mayor interés lexicográfico, como, por ejemplo: “Nombres indígenas relacionados con la flora chilena”⁷⁸, en que en 1.148 artículos, ordenados alfabéticamente, recoge otras tantas denominaciones, casi todas de origen mapuche, y “El idioma mapuche en la nomenclatura botánica chilena”⁷⁹, artículo basado en el anterior y presentado también como un glosario. No faltan, por otra parte, buenos textos que se ocupan exclusivamente de las plantas medicinales, como la obra del padre Juan Zin: *Por un sacerdote salesiano, La salud por medio de las plantas medicinales*⁸⁰, cuyos artículos relativos a cada una están ordenados alfabéticamente bajo su nombre vulgar acompañado del científico, y *Medicina tradicional chilena*⁸¹, de los

⁷¹ Punta Arenas, Ediciones de la Universidad de Magallanes, 1994.

⁷² Valparaíso, Puntágeles, UPLA, 2002.

⁷³ Santiago, Imaginación Digital Ltda., 2004.

⁷⁴ Cuadernos del Centenario de la Academia Chilena de la Lengua, Edit. Universitaria, Santiago, 1987.

⁷⁵ En *Homenaje a Pablo Neruda. Nueva Revista del Pacífico*, UPACE, N° 49 (2004): 11-40.

⁷⁶ 2.ª ed., Santiago, 1930.

⁷⁷ En *EF*, N° 3, 1967: 225-245.

⁷⁸ En *BFUCH* XI, 1959: 191-327.

⁷⁹ En *Revista Universitaria*, Año L-LI, Fasc. I, Universidad Católica de Chile, 1965-1966: 121-164.

⁸⁰ 4.ª ed., Santiago, 1929.

⁸¹ Concepción, Universidad de Concepción, 1987.

profesores de Farmacognosia Marcos Montes y Tatiana Wilkomirsky, donde cada nombre de la planta estudiada tiene su etimología, y cada referente, una ilustración; contiene además un índice alfabético de nombres científicos y otro de nombres vulgares. Tampoco están ausentes buenas botánicas que dan cuenta, en conjunto, de la flora nacional. Un tratamiento poético de la fitonimia es el artículo de Patricia Arancibia Mankey: “Fitonimia en el *Canto General*” de Neruda⁸²; como en el artículo de Alba Valencia y Gilda Tassara, citado más arriba, los nombres registrados se estudian etimológicamente y se señala su frecuencia en el libro.

La *antroponimia* ha sido igualmente un campo en que se han producido diversos trabajos desde que Valentín Letelier publicó⁸³ su *Ensayo de onomatología o estudio de los nombres propios y hereditarios*, lamentablemente sin un índice de nombres estudiados. Así, en 1915 aparece “Etimología de algunos apellidos de origen vascuence”, de José Luis Lecaros⁸⁴, y en 1916, de Luis Thayer Ojeda: “Origen de los apellidos en Chile”⁸⁵. Mucho más tarde, de Rodolfo Oroz: “Sobre apellidos chilenos de origen hispánico”⁸⁶, clasificados en campos semánticos por su significado original, y cuatro estudios míos, uno sobre el origen de los nombres de persona en general, otro sobre los nombres españoles de origen hebreo, un tercero sobre los de origen griego y un cuarto sobre los de origen romano⁸⁷. En los tres últimos se ordenan los nombres por orden alfabético y se da la correspondiente etimología; son básicamente artículos de divulgación. Un completo y minucioso estudio de los apellidos de origen árabe usados en Chile es el de la profesora de árabe María Angélica Millar: *Estado de conservación de la antroponimia de origen árabe en el español de Chile*⁸⁸; contiene, entre otras cosas, una larga lista de tales apellidos ordenados alfabéticamente, con transcripción fonética de la forma registrada, transcripción fonológica del original árabe y traducción. Anselmo Raguileo, mapuche enteramente bilingüe y con formación lingüística, publicó⁸⁹ “Los

⁸² *Nueva Revista del Pacífico* [Valparaíso] N° 49 (2004): 41-58.

⁸³ Madrid y Santiago de Chile, 1906.

⁸⁴ En *Revista Chilena de Historia y Geografía* [Santiago] XVI, 20: 69-71.

⁸⁵ Ponencia presentada en el *Segundo Congreso Científico Panamericano*, Washington, diciembre 1915-enero 1916.

⁸⁶ En *Atenea* [Concepción] CLXVI, 419, 1968: 159-180.

⁸⁷ Todos publicados en la revista *Millantún* [Santiago], N° 1, 1942: 32-36; N° 2: 35-39; N° 4: 33-37; N° 10, 1943: 27-31, respectivamente.

⁸⁸ Tesis de magistratura (inédita), Santiago, Facultad de Filosofía y Educación, Departamento de Lingüística, Universidad de Chile, 2003.

⁸⁹ En *BFUCh* VII, 1952-1953: 343-359.

nombres de parentesco en la familia mapuche”; la nomenclatura, que presenta de acuerdo con los esquemas de Titiev, va aclarada en un “Vocabulario”, en que las voces están transcritas mediante los signos fonéticos internacionales e ilustradas en su uso por medio de ejemplos. Hace pocos años apareció la segunda parte de *Voces indígenas de uso común en Chile*, titulada *Apellidos*⁹⁰, del médico Juan Grau. De los hipocorísticos chilenos trata el artículo de Félix Morales Pettorino “Los hipocorísticos en Chile”⁹¹, los que son estudiados desde diversos puntos de vista. A los sobrenombres y apodos se refiere Manuel Danneman en “Uso elusivo y función satírica de apodos”⁹²; como “Apéndice” presenta un registro de 32 sobrenombres recogidos en una localidad del norte del país. Sobre nombres propios dados a medios de transporte, muchos de ellos jocosos, trata “Análisis de las denominaciones de vehículos en Santiago de Chile”⁹³, de Aura Bocaz; en este trabajo, original e interesante, de carácter sociolingüístico, la autora, especializada en Psicolingüística, se propone “resolver tres interrogantes de importancia sobre este tema: ¿Quiénes usan denominaciones en sus vehículos?, ¿cuáles son los ámbitos significativos que se observan en la selección de estos nombres? y ¿cuáles son las razones que impulsan al individuo a otorgar dichos nombres a sus vehículos?” (p.90), preguntas todas que contesta tras el análisis de 500 denominaciones; contiene numerosas notas explicativas. En otro artículo se explica el porqué de los “Nombres indígenas recordados en nuestros buques de guerra”, de Horacio Vio Valdivieso⁹⁴.

Dentro de este mismo campo hay que incluir los diccionarios biográficos de personalidades destacadas de Chile, como el *Diccionario biográfico de Chile*, editado por la Empresa Periodística “Chile”, con numerosas ediciones⁹⁵; el *Diccionario histórico de Chile*⁹⁶, de Jordi Fuentes y Lía Cortés, donde predominan los artículos referidos a nombres de personajes por sobre los de acontecimientos bélicos y políticos, y el *Gran diccionario de Chile (Biográfico-cultural)*, en dos voluminosos tomos⁹⁷, de Mario Céspedes, profesor de Historia, y Lelia Garreaud.

⁹⁰ 3.ª ed., Santiago, Ediciones Oikos, 2001.

⁹¹ En *Signos* [Valparaíso], Vol. IX, N° 1 (12), 1976: 95-116.

⁹² En *BFUCh* XXXI, 1980-1981: 633-648.

⁹³ En *RLA* 10, 1972: 89-105.

⁹⁴ En *Revista de Marina* 49, 455, 1933: 479-501.

⁹⁵ La 7.ª es de Santiago, 1948-1949.

⁹⁶ Santiago, Edit. del Pacífico, 1965.

⁹⁷ Santiago, Importadora Alfa Ltda., 1988.

Junto con los topónimos, zoónimos, fitónimos y antropónimos, el español que se habla en Chile es rico en expresiones que son, respectivamente, *seudotopónimos*, *seudozoónimos*, *seudofitónimos* y *seudoantropónimos*, productos de la imaginación popular estimulada por la afectividad. Forman parte de este campo, entre otros, un estudio sobre uso tropológico (metafórico y metonímico, o paronímico) de nombres de animales (como emplear *cabra* por ‘muchacha’) hecho por Oroz: “El uso metafórico de nombres de animales en el lenguaje familiar y vulgar chileno”⁹⁸; *Bestiario del Reyno de Chile*⁹⁹, de Lukas (Renzo Pecchenino), en el cual los nombres de animales usados tropológicamente, propios del español de Chile, están ilustrados humorísticamente combinando la figura de una persona con la del animal con el cual se la denomina; de nombres del reino vegetal (como usar *pera* por ‘mentón’) elaborado por mí: “Uso tropológico, en el lenguaje chileno, de nombres del reino vegetal”¹⁰⁰, y de pseudoantropónimos (como cuando se emplea humorísticamente *Riquelme* por ‘rico’, *Poblete* por ‘pobre’) realizado, por ejemplo, por el lingüista y profesor de latín Antonio Arbea: “Paronimia onomástica. Nuevos datos y precisiones”¹⁰¹; el artículo finaliza con un registro alfabético de 318 expresiones. También por el filólogo Mario Ferreccio: “Un recurso elusivo del español de Chile: La deformación léxica orientada”¹⁰²; es más general que el anterior, pues también incluye nombres comunes productos de una “deformación léxica orientada”, como *canapé* por “cana” (‘cárcel’), o *cucharón* por “corazón”, etc.; el artículo termina con un “Muestrario” de 195 términos ordenados alfabéticamente.

Entre los repertorios léxicos monotemáticos hay, además, otros de muy diverso contenido, como el de Alba Valencia: “Los nombres de las comidas de un día ordinario. Análisis de un campo léxico”¹⁰³, basado en el habla culta de Santiago de Chile; la obra de Juan Andrés Piña: *Diccionario de lugares comunes*¹⁰⁴; el texto del profesor de Literatura Roberto Hozven: “Glosario semiótico literario”¹⁰⁵; del escritor Efraín Szmulevicz:

⁹⁸ En *Revista Atenea* [Concepción], N° 87, Santiago, 1932: 159-184.

⁹⁹ Valparaíso, Ediciones Universitarias de Valparaíso, 1972.

¹⁰⁰ En *BFUCh* V, 1947-1949: 137-263.

¹⁰¹ En *BFUCh* XXIX, 1978: 151-165.

¹⁰² En *BFUCh* XXV-XXVI, 1974-1975: 117-150.

¹⁰³ En *Anuario de Letras* [México] XXII, 1984: 235-250.

¹⁰⁴ Santiago, Pehuén, 1987.

¹⁰⁵ Como parte de su *El estructuralismo literario francés. Introducción y glosario*. Santiago, Universidad de Chile, 1979: 81-172.

*Diccionario de literatura chilena*¹⁰⁶, un completísimo repertorio de nombres de escritores chilenos, con más de 1700 biobibliografías y otras informaciones; un “Léxico de las drogas ilícitas en Chile”¹⁰⁷, de Leopoldo Sáez Godoy, estudio muy completo “basado esencialmente en más de treinta entrevistas con niños y jóvenes de barrios populares y acomodados” (p. 13); de *Mitos de Chile. Diccionario de seres, magias y encantos*¹⁰⁸, de Sonia Montecino Aguirre, con la colaboración de Luz Philippi, Diego Artigas, Alexandra Obach, y hasta un *Diccionario de brujería de Chiloé*¹⁰⁹, de Manuel Romo.

Siempre en relación con el vocabulario, han sido motivo de investigación, empleándose a veces el método “Wörter und Sachen”, diversos objetos, por ejemplo, en el excelente estudio “La carreta chilena sureña”¹¹⁰, de Rodolfo Oroz, donde da cuenta del nombre de cada componente de la carreta, con transcripción fonética; el trabajo se completa con numerosas fotografías y dibujos del autor. También la terminología usada en diversas actividades, como la pesca artesanal de varias regiones del país, entre otras, en “Voces y expresiones marítimas en el habla de Valparaíso”¹¹¹, de Patricia Arancibia; alude a 173 voces. Además, en la tesis de magistratura (inédita) de Patricia Lattapiat Arriagada *Terminología de la actividad pesquera artesanal en la ciudad de Coquimbo*¹¹². En relación con la pesca, aunque de carácter más general, se cuenta con el “Estudio léxico-etnográfico sobre embarcaciones sureñas”¹¹³, de Constantino Contreras O.; contiene 8 láminas con un total de 35 ilustraciones de objetos descritos en el artículo. Igualmente: “Estudio lingüístico-etnográfico del léxico relativo a embarcaciones y a la pesca en Tumbes. Neologismos”¹¹⁴, de Gloria Muñoz R.; los 32 neologismos que contiene se presentan en forma de un glosario no alfabetizado; el artículo carece de ilustraciones. Otros temas son la panificación campesina, la elaboración de la

¹⁰⁶ 3.ª ed., Santiago, Ediciones Rumbos, 1997.

¹⁰⁷ En su *El lenguaje secreto de las drogas en Chile. Yerba, gomas, jale, neo y afines*, Santiago, Edit. Universidad de Santiago, 1995: 39-170.

¹⁰⁸ Santiago., Edit. Sudamericana, 2003.

¹⁰⁹ Santiago, Platero, 1997.

¹¹⁰ En *Homenaje a Fritz Krüger*, Tomo 1, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, 1952: 365-388.

¹¹¹ En *BFUCh* XIX, 1967: 5-132.

¹¹² Santiago, Facultad de Filosofía y Humanidades, Departamento de Lingüística, Universidad de Chile, 2002.

¹¹³ En *EF* N° 3, 1967: 171-224.

¹¹⁴ En *RLA* 16, 1978: 67-74.

chicha de manzana en la zona sur, la terminología empleada en la industria salitrera del norte de Chile, de la cual se da cuenta, por ejemplo, en “Vocablos salitreros”¹¹⁵, de Aníbal Echeverría y Reyes, o en la industria del carbón, a cuya terminología empleada en las minas de Lota se refiere “El léxico figurado de las minas de carbón-Lota”¹¹⁶, de Edmundo Enrique Parada Sepúlveda, donde se muestra el vocabulario obtenido de la aplicación de 353 preguntas; este se presenta distribuido en dos glosarios en orden alfabético: uno, considerando “la generación del léxico por metáfora”, y el otro, su generación “por metonimia y sinécdoque”, en total, 82 expresiones; en algunas actividades agrícolas, como el cultivo del arroz, del cual trata “El cultivo del arroz en la provincia de Ñuble y su terminología”¹¹⁷, de Elba Koller; breve estudio sobre dicho cultivo en Chile y los procedimientos utilizados en su siembra y en su cosecha; el artículo contiene además un glosario de 110 términos relacionados con el tema. Un mapa ilustra sobre la zona arrocería a que se hace referencia. También, en todo lo relacionado con el arte culinario, los juegos infantiles y deportes practicados en Chile, como *Juegos y deportes. Con un diccionario de equivalencias*¹¹⁸, de Daniel Aeta A., y *Aproximación histórica-folclórica de los juegos en Chile. Ritos, mitos y tradiciones*¹¹⁹, del folclorólogo Oreste Plath. Sus nombres están agrupados en campos semánticos y de cada uno se indica su origen, denominación, dispersión, comentario y bibliografía; el periodismo, en la antigua composición tipográfica, como el “Glosario” incluido en *Normas de composición. Guía para autores, editores, correctores y tipógrafos*¹²⁰, de Mauricio Amster; en la actividad náutica; por ejemplo, el *Diccionario Naval*¹²¹, de Benjamín Muñoz Gamero; *Apuntes para un diccionario marítimo militar chileno*¹²², de Guillermo M. Bañados, y *Nomenclatura náutica*¹²³, de Patricio Jarpa Yáñez, organizada en campos semánticos, con numerosas ilustraciones. La terminología militar está contenida, entre varios otros, en el voluminoso *Diccionario*

¹¹⁵ En *AFFE*, Sección de Filología, I, 1, 1934-1936: 55-84.

¹¹⁶ En *RLA* 12, 1974: 15-36.

¹¹⁷ En *BFUCh* IX, 1956-1957: 87-103.

¹¹⁸ Santiago, Edit. Nascimento, 1930.

¹¹⁹ Santiago, Edit. Nascimento, 1986.

¹²⁰ Santiago, Edit. Universo, 1973: 58-62.

¹²¹ Valparaíso, 1849.

¹²² Santiago, 1924.

¹²³ 2.^a ed., Valparaíso, 1961.

*militar*¹²⁴, del capitán de ejército Óscar Kaplan. De carácter médico es el diccionario etimológico *Rudimentos de terminología médica. Griego-latín*¹²⁵, de Jorge Peralta Hidalgo, y de la terminología médico-legal, el *Diccionario de términos médico-legales. Recopilación de voces*¹²⁶, de Hernán Silva Silva, quien reproduce las distintas definiciones encontradas en su bibliografía. Sobre terminología jurídica trata en gran medida *Apuntaciones lexicográficas*¹²⁷, del abogado Miguel Luis Amunátegui. El léxico de la construcción está estudiado por Dafne Poblete Yáñez en su tesis de magistratura (inédita) *El léxico de la construcción en el habla culta de Santiago [de Chile] y Madrid*¹²⁸. A su vez, Teresa Ayala Pérez es autora de *El léxico del transporte y los viajes en el habla culta de Santiago de Chile*, tesis de magistratura (inédita)¹²⁹. A la política se refiere el *Diccionario político de Chile (1810-1966)*¹³⁰, de Jordi Fuentes y Lia Cortés. Tampoco falta un diccionario de pedagogía, pues, aunque antiguo, existe el *Léxico pedagógico*¹³¹, de José M. Muñoz Hermosilla, de carácter enciclopédico, con numerosas biografías. De carácter pedagógico es también *El lenguaje humano. Léxico fundamental para la iniciación lingüística*, de los lingüistas L. A. Gómez Macker y M. Peronard Thierry¹³². En el área gramatical, el *Vocabulario de la fraseología del verbo "echar"*¹³³, de Fidelis P. del Solar; *Los verbos en '-ear' en el español de Chile*¹³⁴, presentados en forma de diccionario, con 1.666 artículos, del lingüista Félix Morales Pettorino et al., en que el uso de tales verbos aparece siempre documentado; "El campo semántico de los adverbios de duda"¹³⁵, de Patricio Moreno. Cabe mencionar igualmente el "Glosario" de verbos usados por los estudiantes chilenos de enseñanza media, que comprende casi todo el libro titulado *El Léxico de*

¹²⁴ Santiago, Instituto Geográfico Militar, 1944.

¹²⁵ Antofagasta, Universidad de Antofagasta, 1984.

¹²⁶ Santiago, Edit. Jurídica de Chile, 1989.

¹²⁷ 3 vols., Santiago, 1907-1909.

¹²⁸ Santiago, Facultad de Filosofía y Humanidades, Departamento de Lingüística, Universidad de Chile, 1996.

¹²⁹ Santiago, Facultad de Filosofía y Humanidades, Departamento de Lingüística, Universidad de Chile, 1998.

¹³⁰ Santiago, Orbe, 1967.

¹³¹ Santiago, 1931.

¹³² Valparaíso, Universidad Católica de Valparaíso, 1988.

¹³³ Santiago, 1889.

¹³⁴ Santiago, Edit. del Pacífico, 1969.

¹³⁵ En *RLA* 20, 1982: 51-54.

*los estudiantes de cuarto medio: el verbo. Materiales*¹³⁶, de Alba Valencia y Violy Hermansen; además de los verbos con sus significados y ejemplos de uso se incluyen todas las formas verbales utilizadas y otros datos de interés. De Alba Valencia también, y Max Echeverría: *Disponibilidad léxica en estudiantes chilenos*¹³⁷, un completísimo repertorio de términos, predominantemente nombres, de que disponen los estudiantes chilenos de enseñanza media en una situación de comunicación dada; como “Apéndice” se dan “Listados alfabéticos de vocablos por centros de interés”. Ambas obras son buenos representantes de estudios lexicostatísticos en nuestro país. Hay otros trabajos de la misma índole realizados igualmente en Chile por los mismos autores y por otros. Al área gramatical pertenecen asimismo el glosario gramatical, basado en la doctrina de la Real Academia Española, incluido en *Dudas y problemas gramaticales*¹³⁸, de Félix Morales y Óscar Quiroz; el “Glosario de términos fonéticos” en *La Fonética en Chile. Bibliografía analítica. 1829-2000*¹³⁹, del fonólogo Héctor Ortiz Lira y Eugenia Saavedra Valenzuela. Directamente lexicográficos son varios diccionarios: de José Luis Durán y Sergio G. Torres, con la colaboración del escritor Guillermo Blanco: *Diccionario de sinónimos y antónimos*¹⁴⁰; de Alfonso de la Peña: *Diccionario escolar. Sinónimos, antónimos y parónimos*¹⁴¹; de Mario Banderas C.: *De la ‘taquilla’ a la Academia. Diccionario generacional de sinónimos y antónimos*¹⁴², en que se da cuenta del léxico de la jerga juvenil chilena, jerga estudiada asimismo por José M.^a Navarro A. en “Aproximaciones al léxico juvenil chileno: creación y pervivencia”¹⁴³; de Fernando Vargas González: *Hable Ud. correctamente. Diccionario práctico de barbarismos corrientes*¹⁴⁴. De carácter etimológico son, entre otros, *Raíces griegas y latinas, prefijos y sufijos*¹⁴⁵, de Roberto Vilches Acuña, obra en la que tanto las raíces como los afijos se presentan en orden alfabético –no muy riguroso– con mucha ejemplificación española. Los términos griegos aparecen en griego y en transliteración española; la obra termina

¹³⁶ Santiago, Universidad de Chile, 1985: 1- 426.

¹³⁷ Santiago, Universidad de Chile y Universidad de Concepción, 1999.

¹³⁸ 3.^a ed., Santiago, Edit. Universitaria, 1999: 229-238.

¹³⁹ Santiago, Phoné Libros, 2003: 320-321.

¹⁴⁰ Santiago, Edit. Zig-Zag, 1974.

¹⁴¹ 4.^a ed., Santiago, Ediciones Occidente, 1995.

¹⁴² Santiago, Ediciones Cerro Huelén, 1988.

¹⁴³ En *Filología y didáctica hispánica. Homenaje al profesor Hans-Karl Schneider I*, Hamburg, 1975: 204-241.

¹⁴⁴ Santiago, Edit. Cultura, 1943.

¹⁴⁵ 2.^a ed., Santiago, Edit. Nascimento, 1940.

con una larga lista de “Locuciones latinas” (pp. 197-215). De Lucy Oyanedel, *Etimología básica del Castellano. Primer nivel: Enseñar a aprender y aprender haciendo*¹⁴⁶; es básicamente un libro de ejercicios en el que los afijos y raíces griegas y latinas aparecen en orden alfabético; los términos griegos, solo en transliteración española; contiene numerosas erratas y algunos errores. De la misma autora, el *Segundo nivel: Aprender para crear*¹⁴⁷, donde las voces españolas aparecen ahora con sus definiciones, y, a pie de página, numerosas notas de aclaración etimológica. En ambos textos, el vocabulario español está ordenado alfabéticamente en campos léxicos bajo el étimo correspondiente; pueden funcionar como un diccionario etimológico latín-español y griego-español. Finalmente, la obra del periodista Héctor E. Velis-Meza, *Palabras con historia. Ideas. Conceptos. Curiosidades*¹⁴⁸, de hecho, un diccionario etimológico selectivo del español.

Entre los múltiples intereses de nuestros investigadores está el que algunos tienen por el *lenguaje de señas de los sordos*, lenguaje que “se encuentra ya consolidado y reconocido como lengua que posee una estructura sintáctico-semántica articulada propia”, según se afirma (pág. I) en el *Diccionario del lenguaje de señas de Concepción*¹⁴⁹, de Mauricio Pilleux, Hernán Cuevas y Érica Ávalos; las señas no son descritas verbalmente, solo están ilustradas.

Tampoco ha escapado al interés de los lexicógrafos chilenos el *vocabulario jergal de nuestros delincuentes*. Ya en 1902, Guillermo Ávila Money, comisario de Policía, en su obra *El guardián de policía* incluye como anexo 2 un glosario de 94 voces criminológicas, las cuales en la segunda edición (1908) eleva a 128, con explicación, en muchos casos, de la procedencia de sus formas. Abarca prácticamente todo el territorio nacional, lo que se advierte porque en cada término indica el nombre de la o las regiones en que se usa. La obra es valiosa, además, por ser el resultado de una investigación en los lugares mismos de reclusión mediante una encuesta aplicada a los alcaides y directores de servicios.

Sobre este modelo, ocho años más tarde Julio Vicuña Cifuentes, profesor de Castellano, folclorólogo y poeta, publica su *Coa, jerga de los delincuentes chilenos. Estudio y vocabulario*¹⁵⁰. El estudio preliminar que contiene es un buen modelo para analizar cualquier criminolalia. Después

¹⁴⁶ Santiago, Ediciones Rumbos, 1996.

¹⁴⁷ *Ibid.*, 1998.

¹⁴⁸ 5.^a ed., Santiago, Feria Chilena del Libro Ediciones, 2004.

¹⁴⁹ Valdivia, Universidad Austral de Chile, 1992.

¹⁵⁰ Santiago, 1910.

aparecen diversos glosarios sobre el mismo tema, como *Jerga usada por los delincuentes nortinos*¹⁵¹, de Aníbal Echeverría y Reyes, hasta que en 1979 Armando Méndez Carrasco, autor de varias novelas de los bajos fondos, da a conocer su *Diccionario coa*¹⁵², con ejemplos, en muchos casos, para ilustrar el uso; aunque hecho sin mucho rigor lexicográfico, su valor reside, entre otras cosas, en que se basa en gran parte en su experiencia personal. Tal vez habría que reprocharle el que mezcle expresiones propiamente del (o de la) coa con otras que pertenecen al nivel inculto informal de la lengua común. En 1998 apareció el *Diccionario del coa*¹⁵³, de Ricardo Candía Cares. Como estudios inéditos hay algunas tesis universitarias, de título o de grado; por ejemplo, la de Simón Barraza Parra y José Raúl Iturriaga Valenzuela: *Contribución al estudio de la coa*¹⁵⁴, con mucha información de primera mano y en la que, a una introducción y preguntas a los entrevistados, les sigue un voluminoso “Glosario” con definiciones dadas por los propios delincuentes. Además, la tesis de Luis Avilés Solís et al.: *La jerga de la delincuencia chilena*¹⁵⁵, con un amplio glosario en que cada término aparece ejemplificado. Finalmente, en forma mimeografiada publicó, en 1960, el sicólogo Carlos Descouvieres C.: *Algunas expresiones del lenguaje popular y de los grupos delictivos*¹⁵⁶.

Ocuparse del coa a comienzos de siglo ya constituyó un paso importante desde el punto de vista científico en la lexicografía chilena, pues el purismo reinante siempre rechazó —y sigue rechazando— tal tipo de manifestación lingüística considerándola indigna de una investigación. Pero más revolucionario es todavía que, en 1965, a un alumno universitario —Leonidas Carrasco Tassara— se le haya permitido hacer como tesis para obtener el título de Profesor de Estado, un estudio que denominó *El tabú lingüístico en el español de Chile*¹⁵⁷, el que contiene numerosas expresiones sexuales y coprolálicas documentadas con citas literarias, expresiones que, académicamente hablando, se tildan de vulgares y groseras, o de palabras malsonantes. De la misma índole, escritos sin prejuicios ni reticencias, aparecen después el *Glosario chileno del amor*¹⁵⁸, de

¹⁵¹ Concepción, 1934.

¹⁵² Santiago, Edit. Nascimento, 1979.

¹⁵³ Santiago, Latinográfica.

¹⁵⁴ Universidad Católica de Valparaíso, 1971.

¹⁵⁵ La Serena, Universidad de Chile, 1972.

¹⁵⁶ Santiago, Universidad de Chile, Departamento de Higiene Mental.

¹⁵⁷ Concepción, Facultad de Filosofía y Educación, Universidad de Concepción, 1965.

¹⁵⁸ 2.^a ed., Santiago, Planeta, 1995.

Radomiro Spotorno, y *Groserías y palabrotas chilenas*¹⁵⁹, de Jaime Campusano, obra, esta última, en que se mencionan más de 300 nombres del que púdicamente llamamos “miembro viril”, frente a 50 del órgano sexual femenino, la mayoría de muy poco uso. En dos publicaciones se trata el campo léxico de la palabra *hueva* ‘testículo’: en “La familia léxica del español común e informal de Chile: *hueva* y sus derivados”, de Leopoldo Sáez Godoy¹⁶⁰, y en *La palabra ‘huevo’*¹⁶¹, de Cosme Portocarrero (seudónimo). Otra publicación sobre un campo léxico es “‘Clon’ y su familia en el español de Chile”¹⁶², del mismo Leopoldo Sáez Godoy, y, del campo semántico, el minucioso y bien documentado estudio “El campo semántico de ‘burla’ en el español literario”¹⁶³, del lingüista Adalberto Salas; alude a las numerosas expresiones que se encuentran en la literatura medieval y clásica.

Todos los trabajados citados hasta aquí pueden calificarse como semasiológicos, pero los hay también onomasiológicos, como “Algunas denominaciones de la ‘cabeza’ en Hispanoamérica”¹⁶⁴, de Oroz, o el “Glosario de los nombres de la cabeza en la provincia de Cautín”, al sur de Chile¹⁶⁵, de Adalberto Salas; contiene 66 denominaciones ordenadas en un “Glosario” alfabéticamente. Es igualmente onomasiológico el estudio “Aportaciones populares sobre el vino y la chicha. Compilación de normas, creencias, costumbres y motivos de la cultura tradicional chilena”¹⁶⁶, de Oreste Plath; son numerosos los nombres de ambas bebidas, de sus envases, de los vasos en que se sirven, de los bebedores, de sus estados alcohólicos, de los tipos de ‘cura’ (borrachera), etc. Al mismo tema se refiere el artículo de Claudio Solar titulado “Las siete lenguas del vino. Elementos para un diccionario del vino y la embriaguez”¹⁶⁷; los términos están presentados en forma de un glosario, elaborado sin mucho rigor

¹⁵⁹ Santiago, Ediciones Mar del Plata, 2001.

¹⁶⁰ En su *Cómo hablamos en Chile. Ocho aproximaciones*, Santiago, Usach y Sochil, 2000: 73-99. La primera publicación del artículo es de 1983.

¹⁶¹ Santiago, LOM Ediciones, 1998, cuya primera versión, con el nombre de *Un campo léxico del habla popular chilena* [Santiago, Ediciones Mar Abierto], es de 1987.

¹⁶² En *Literatura y Lingüística*, Universidad Católica Blas Cañas, N° 10, 1997: 83-97.

¹⁶³ En BFUCH XVII, 1965: 363-406.

¹⁶⁴ *AFPE* 1, 2/3, 1934-1936: 240-242.

¹⁶⁵ En *Stylo* [Temuco] 3, 1966: 115-128.

¹⁶⁶ En *Anales del Instituto de Lingüística*, Mendoza, Universidad Nacional de Cuyo, VIII, 1962: 361-413.

¹⁶⁷ En *Lengua-Literatura-Folklore. Estudios dedicados a Rodolfo Oroz*, Santiago, Facultad de Filosofía y Educación, Universidad de Chile, 1967: 449-493.

lexicográfico. Otro tema es el de los colores, tratado por Hugo Obregón Muñoz en “Las denominaciones de colores y el enriquecimiento léxico”¹⁶⁸.

Junto a todo lo producido teniendo como objeto de estudio una lengua comunitaria nacional o regional, hay que mencionar además los estudios *i d i o l e c t a l e s* de Oroz sobre Pedro de Valdivia: “La lengua de Pedro de Valdivia. Vocabulario y estilo”¹⁶⁹; Gabriela Mistral: “Sobre neologismos en la poesía de Gabriela Mistral”, “En torno al léxico de Gabriela Mistral”, etc., reunidos por Alfredo Matus [editor] en *Estudios mistralianos de Rodolfo Oroz*¹⁷⁰; José Martí: “Los chilenismos en José Martí”¹⁷¹, y Joaquín Prieto: “Notas sobre el lenguaje de las cartas de Joaquín Prieto a don Diego Portales (1830-1831). Contribución al estudio de la lengua en Chile durante el siglo XIX”¹⁷²; los glosarios míos de algunas obras de Mariano Latorre: *Hombres y zorros*¹⁷³, *Mapu*¹⁷⁴, *El choroy de oro*¹⁷⁵, *On Panta*¹⁷⁶ y *Zurzulita*¹⁷⁷; el del gramático Juan Castro: “Vocabulario de *Frontera* [de Luis Durand] y *Zurzulita* [de Mariano Latorre] y de algunas fuentes orales”¹⁷⁸; el del profesor de Castellano Hugo Rivera: “Glosario de la novela chilena *Chicagó chico*, de Armando Méndez Carrasco, y la de otros autores”¹⁷⁹, y hasta un “Vocabulario del Ingenioso Hidalgo don Quijote de la Mancha, compuesto por Miguel de Cervantes y Saavedra”¹⁸⁰, de Aníbal Echeverría y Reyes, y antes, “La lengua del Quijote y la de Chile”¹⁸¹, del presbítero Manuel Antonio Román, donde, entre otras cosas, se señalan “las voces del Quijote anticuadas hoy día en España, pero vivas y subsistentes en Chile”. Los arcaísmos son también tema del artículo del lingüista Guillermo Araya: “Sobre arcaísmos del español de Chile, a propósito de un libro reciente”¹⁸²; se trata del libro de Isaías Lerner, *Arcaísmos léxicos del*

¹⁶⁸ En *BFUCh* XXIX, 1978: 201-218.

¹⁶⁹ En *AUCh*, CXVII, 120, 1960: 7-15.

¹⁷⁰ Santiago, Instituto de Chile, 1995.

¹⁷¹ En *BFUCh*, 10, 1958: 161-203.

¹⁷² En *BACH* XXX, 70, 1964: 43-66.

¹⁷³ Santiago, Ediciones Ercilla, 1937: 241-250.

¹⁷⁴ 2.^a ed., Santiago, Orbe, 1945: 337-352.

¹⁷⁵ Santiago, Edit. Rapa-Nui, 1946, *pássim*.

¹⁷⁶ 5.^a ed., Santiago, Edit. Zig-Zag, 1953: 149-161.

¹⁷⁷ 6.^a ed., Santiago, Edit. Nascimento, 1960: 313-316.

¹⁷⁸ En *BFUCh* XIX, 1967: 197-268.

¹⁷⁹ En *BFUCh* XVII, 1965: 281-361.

¹⁸⁰ En *AUCh*, 2.^o trim., 1931: 409-491.

¹⁸¹ En *BACH*, T. 1, Cdno. II, 1915: 117-139.

¹⁸² En *BHI*, T. LXXX, N^{os} 3-4, 1978: 34-39.

español de América. El trabajo de Araya es un glosario con sus observaciones.

Se ve, pues, que los temas son muy variados y que las fuentes han sido tanto literarias como de la lengua oral, tanto del habla inculta como de la culta, en sus actitudes formales e informales, de función tanto representativa como expresiva, estudiadas unas con criterio diacrónico y otras, sincrónico; lo mismo de un modo correctivo-prescriptivo que puramente descriptivo. Se advierte asimismo que los resultados son tanto diccionarios como glosarios y vocabularios, o trabajos en que el léxico estudiado se organiza en campos semánticos y léxicos; que se trata de estudios generales o especiales, monolingües, bilingües o trilingües, sociolectales o idiolectales, y ergolectales.

Solo falta agregar en esta apretada síntesis que si bien casi toda la labor lexicográfica ha sido en Chile de carácter aplicado, pueden indicarse también algunos estudios de carácter teórico, metalexicográficos. Tal vez el más antiguo sea el de Ramón Sotomayor Valdés: "Formación del diccionario hispanoamericano", publicado hace ya más de un siglo, en 1866¹⁸³, sin duda la primera proposición en Chile de un diccionario del español de América, por cierto que, al tenor de la época, "para evitar la degeneración del idioma castellano en las diversas secciones de la América antes española", siguiendo así las aprehensiones de Bello y Cuervo, pues él mismo confiesa que su proyecto quiere ser un complemento de la obra gramatical del primero. Propone para su realización la creación de una academia hispanoamericana de la lengua, idea parcialmente realizada solo hoy en la Asociación de Academias de la Lengua Española. En 1926 aparece "Problemas del diccionario castellano en América"¹⁸⁴, de Rodolfo Lenz. En él, entre otras cosas, propone la confección de un diccionario del habla popular chilena, a pesar de que él mismo cita, entre los varios "diccionarios de chilenismos" hasta entonces existentes, desde 1875 (véase más adelante), *Voces usadas en Chile* (1900), ya citado, de Aníbal Echeverría y Reyes, pensando posiblemente en un diccionario científico, descriptivo, y no normativo.

Muchísimo más tarde, a mediados del siglo pasado, José Miguel Irrarrazabal publica "Ideas acerca del futuro diccionario de chilenismos"¹⁸⁵,

¹⁸³ En *AUCh* XXVIII: 666-681.

¹⁸⁴ En *Boletín del Instituto de Filología*, I, 3/4; en separata, 47 páginas, Buenos Aires, Imprenta de la Universidad.

¹⁸⁵ En *BACH* XIII, 42/43, 1952: 183-190.

y un año después yo me ocupo, con criterio puramente científico, del problema de la determinación del concepto de chilenismo, y, por ende, del de cualquier americanismo, en *Introducción al estudio del español de Chile. Determinación del concepto de chilenismo*¹⁸⁶. El criterio decisivo para considerar que un término es “chilenismo” fue el de su origen chileno, criterio que si bien es inobjetable teóricamente, no es fácilmente aplicable en la práctica por la enorme dificultad que existe las más de las veces para asegurar fehacientemente que una expresión es chilena (argentina, colombiana, etc.), sobre todo cuando las hay que se han originado independientemente en más de un lugar. Por esto creo hoy que, en vez del diccionario de un “ismo” (chilenismo, argentinismo, colombianismo, etc.), para el lexicógrafo es más viable dar cuenta del sociolecto de una región, desde el punto de vista de su vocabulario, considerando simplemente las voces usadas en ella.

Posteriormente, en 1964, Adalberto Salas da a luz un interesante ensayo titulado “Los diccionarios académicos y el estado actual de la lexicografía”¹⁸⁷, una historia crítica de las obras lexicográficas de la Real Academia Española de la Lengua. Por su parte, Mario Ferreccio ha criticado (1978) el *Diccionario de la lengua española* de la misma institución, y Leopoldo Sáez Godoy, en dos ocasiones, el *Diccionario del habla chilena*, de la Academia Chilena de la Lengua: en “Algunas observaciones sobre el diccionario más reciente del español de Chile: el ‘Diccionario del Habla Chilena’ (DHCh)”¹⁸⁸ y en “A propósito del ‘Diccionario del Habla Chilena’”¹⁸⁹, artículo, este último, en que las voces analizadas críticamente están presentadas en forma de un glosario, pero, extrañamente, sin orden alfabético. También el lingüista Gastón Carrillo Herrera se refirió a este mismo diccionario en una reseña publicada en Alemania¹⁹⁰. Otro ejemplo es el artículo de Guillermo Araya “El diccionario de americanismos”¹⁹¹, en que se propone definir lo que debería ser un futuro diccionario de americanismos, diccionario en el cual se halla empeñada actualmente la Asociación de Academias de la Lengua Española. Otro estudio metalexigráfico es “Fray Félix de Augusta y el Diccionario Araucano”¹⁹², del lingüista y escritor Andrés

¹⁸⁶ Anejo N.o 1 de *BFUCh*, Santiago, Edit. Universitaria, 1953.

¹⁸⁷ En *BFUCh* XVI: 265-283.

¹⁸⁸ En *Estudios filológicos* [Valdivia] 17, 1982: 111-124.

¹⁸⁹ En *Literatura y Lingüística* [Santiago] 1, 1988: 107-127.

¹⁹⁰ En *Romanische Forschungen* 93, 1/2, 1981: 216-222.

¹⁹¹ En *Lingüística española actual* [Madrid] IV, 1, 1982: 137-150.

¹⁹² En *CUHSO. Cultura, Hombre y Sociedad*, Vol. 3, N° 1, 1986: 173-191.

Gallardo, y del mismo autor: “Visión del léxico en la ‘Oda al diccionario’ de Pablo Neruda”¹⁹³, donde reflexiona sobre los primeros diccionarios académicos y “el sistema de actitudes hacia el léxico castellano” que el poeta pone de manifiesto en su poema. Hay que consignar también aquí el estudio ya citado de Natalia Castillo, autora, además, de *El primer diccionario de chilenismos. Aproximación metalexicográfica*¹⁹⁴, tesina (inédita) para optar al grado de licenciada en Letras; “Hacia una lexicografía realista”¹⁹⁵, y “¿Puede ser moderno un diccionario académico?”¹⁹⁶.

Para terminar quiero insistir en que la lexicografía indígena nace en Chile con fines de catequización; en cambio, la lexicografía del español usado en nuestro país tiene su origen en el afán de sus cultores por *c o r r e g i r* nuestra manera de hablar, tomando como patrón la norma académica peninsular, y el deseo de colaborar con el *Diccionario* de la Real Academia. Tal es lo que ocurre, por ejemplo, con la primera obra publicada con el nombre de “*d i c c i o n a r i o d e c h i l e n i s m o s*”, como es la de Zorobabel Rodríguez: *Diccionario de chilenismos*¹⁹⁷, estimulado posiblemente por el ejemplo de Andrés Bello. Otras ya en el título muestran su finalidad, como la del sacerdote salesiano Camilo Ortúzar: *Diccionario manual de locuciones viciosas y de correcciones del lenguaje, con indicación del valor de algunas palabras y ciertas nociones gramaticales*¹⁹⁸. Otro tanto ocurre con la del sacerdote Manuel Antonio Román: *Diccionario de chilenismos y otras voces y locuciones viciosas*¹⁹⁹, título en que bien puede entenderse que todos los llamados chilenismos son viciosos, lo que felizmente no estaba en la intención del autor. Sin duda que es la obra normativa más extensa sobre el léxico del español de Chile escrita hasta hoy; de hecho es una verdadera enciclopedia de nuestra modalidad lingüística de comienzos de siglo, comparada por el autor sobre todo con la de los escritores clásicos peninsulares. En la misma dirección se publican posteriormente las *Apuntaciones lexicográficas*, ya citadas, de Miguel Luis Amunátegui; *Chilenismos. Apuntes lexicográficos*, del polígrafo José Toribio Medina²⁰⁰ y, mucho más tarde, el *Diccionario de chilenismos* de

¹⁹³ En *RLA* 17, 1979: 77-89.

¹⁹⁴ Pontificia Universidad Católica de Chile, 1995.

¹⁹⁵ En *Onomázein* [Santiago] 3, 1998: 271-287.

¹⁹⁶ En *Onomázein* 4, 1999: 221-232.

¹⁹⁷ Santiago, 1875.

¹⁹⁸ Santiago, Imprenta Salesiana, 1893.

¹⁹⁹ 5 vols., Santiago, 1901-1918.

²⁰⁰ Santiago, 1928.

Jacobo Grass²⁰¹, entre otras recopilaciones léxicas. No obstante la ilusa pretensión de estos autores de ayudar a terminar con los “vulgarismos”, sus obras tienen el gran valor para el lingüista de mostrar cómo habla la gente de escasa o ninguna cultura, y también para el lector entender lo que esta gente dice.

Claro es que, como contrapeso a este exagerado prescriptivismo, puede citarse, ya en 1900, la obra de Aníbal Echeverría y Reyes *Voces usadas en Chile*²⁰², cuyo nombre es sin duda, como ya lo hemos señalado, más apropiado que el de “diccionario de chilenismos” de sus predecesores, considerado por Lenz como “el mejor y más ordenado diccionario de provincialismos que hay de país alguno en América”. Lo que quiere decir que, aunque el autor lo elaboró, con criterio normativo, como una colaboración al diccionario mayor de la Real Academia de la Lengua, supo desprenderse de la mayoría de los prejuicios lexicográficos de su época al “fijar el valor propio de dicciones que incluyen desdorosos conceptos, [lo cual] no se encamina [a] recomendar el empleo de aquellos: labor semejante es sólo el reconocimiento de un hecho. Ningún saber humano es inmoral: llega a serlo cuando su aplicación es ilegítima” (págs. XXI-XXII), declaración de principio digna de un discípulo de Lenz. También supo deslindar lo puramente léxico, de lo fonético y de lo morfológico recurrentes, lo cual trata muy detalladamente en los primeros cuatro capítulos de la obra, que preceden al glosario.

Del mismo carácter, de posterior aparición, son, por ejemplo, *Chilenismos*²⁰³ de José Miguel Yrarrázabal Larraín, y *Diccionario de chilenismos*²⁰⁴ de Miguel Subercaseaux, uno de los poquísimos autores que, como Aníbal Echeverría y Reyes, no excluye términos de significación sexual, considerados “vulgares”. Otro tanto ocurre con el *Diccionario del habla chilena*²⁰⁵, elaborado por la Academia Chilena de la Lengua. Recientemente esta institución ha dado a luz²⁰⁶ un anticipo de un millar de voces de lo que se espera sea el *Diccionario de uso del español de Chile (DUECH)*, anticipo que lleva este mismo nombre con el agregado “Una muestra lexicográfica”. En el “Prólogo” se afirma que “en ningún caso se pretende sostener que se trate de ‘chilenismos’; la etapa ingenua de la lexicografía

²⁰¹ 2.ª ed., Santiago, Edit. Pax, 1993.

²⁰² Publicada en Santiago como anexo de los *Anales de la Universidad de Chile*.

²⁰³ Santiago, 1945.

²⁰⁴ Santiago, Edit. Juvenil, 1986.

²⁰⁵ Santiago, Edit. Universitaria, 1978.

²⁰⁶ Santiago, 2001.

diferencial hispanoamericana ya está largamente superada” (p. 9). Sin embargo, se mantiene el principio de contrastividad (¿no es lo mismo que “diferencialidad?”), pues solo se incluyen e incluirán las lexías que “no figuran, en cuanto signo completo (de significante y significado) en [el] Diccionario de la Real Academia Española” (pp. 8-9), con el cual se dispone a colaborar (p. 9), y esto a pesar de que “la Academia Chilena de la Lengua está convencida de la importancia de los diccionarios integrales [...], pero también está alerta a la necesidad de diccionarios regionales, *diferenciales*” (p. 10, el destacado es mío). Un minucioso análisis de esta obra es el trabajo de la profesora de castellano y con maestría en Lexicografía Hispánica Ximena Lavín Orellana: “El *Diccionario de uso del español de Chile (DUECH)*. Una muestra lexicográfica. Análisis metalexicográfico” (inédito), presentado en un curso de la Escuela de Lexicografía Hispánica de la RAE (Madrid, 2003). Este trabajo es particularmente útil para quien no solo desee informarse en detalle sobre la obra académica sino también quiera iniciarse en lexicografía, por los aspectos teóricos que incluye. Pero la obra más completa hasta ahora del léxico del español de Chile, alejada de todo purismo y sin temor al tabú lingüístico, realizada, por lo tanto, con “método racional y objetivo”, es el monumental *Diccionario ejemplificado de chilenismos y de otros usos diferenciales del español de Chile*, de Félix Morales Pettorino et al., en cuatro gruesos tomos²⁰⁷, y un quinto de actualización²⁰⁸, elaborado todavía contrastivamente, como la mayoría de nuestros diccionarios, con el diccionario mayor de la Real Academia Española. Sobre esta obra publiqué en Alemania²⁰⁹ una reseña muy elogiosa, no obstante algunas deficiencias.

De diversa índole son los repertorios fraseológicos, como los paremiológicos o los de nuestros dichos, de los cuales son ejemplos *Paremiología chilena*²¹⁰, discurso leído por el folclorólogo Ramón A. Laval en su incorporación a la Academia Chilena de la Lengua el 30 de noviembre de 1923, en que los refranes se agrupan –no alfabéticamente– con distintos criterios; *La alimentación y los alimentos chilenos en la paremiología*²¹¹, del ya mencionado Oreste Plath; “Refranes y dichos de Chile y los

²⁰⁷ T. I, Santiago, ASCPV, Edit. Universitaria, 1984; T. II, ibid., 1985; T. III, Santiago, UPACE, Edit. Universitaria, 1986; T. IV, ibid., 1987.

²⁰⁸ Valparaíso, Universidad de Playa Ancha, 1998.

²⁰⁹ *Zeitschrift für Romanische Philologie*, 1988, Band 104, Heft 516: 451-454.

²¹⁰ Santiago, Impr. Universitaria, 1923.

²¹¹ Santiago, Servicio Nacional de Salud, 1962.

chilenos”²¹², de Jorge Dahm, explicados e ilustrados gráficamente de manera humorística; *Manual de proverbios, frases, dichos y refranes de uso común en Chile*²¹³, de José Raúl González Parra, material abundante y valioso, “más de seis mil expresiones”, pero ordenado alfabéticamente solo por la primera letra, lo que hace muy difícil encontrar una determinada expresión; es claro que el autor no tiene ninguna formación lexicográfica; además, abundan las erratas. Otro ejemplo: *Los dichos del habla chilena*²¹⁴, de Juan Rivano, profesor de Filosofía, quien trata tales dichos en forma muy original, instructiva y amena; aunque no los ordena alfabéticamente ni, al parecer, con ningún otro criterio, como no sea el de su numeración (de 1 a 206), contiene un índice alfabético. Un caso aparte lo constituye la tesis (inédita) para optar al título de sicóloga, de Paulina Fernández P. et. al.: *Elaboración de un test de proverbios y su aplicación a pacientes esquizofrénicos*²¹⁵; interesante estudio de Psicolingüística aplicado a un cuadro de patología mental. El corpus está formado por veintiún proverbios prolijamente analizados.

Un caso especial dentro de la lexicografía chilena lo constituye el *Léxico del habla culta de Santiago de Chile*, de Ambrosio Rabanales y Lidia Contreras²¹⁶, producto de una encuesta onomasiológica compuesta de 4.426 preguntas hechas a 13 informantes, las que cubren 21 campos semánticos, relativos a casi todos los aspectos de nuestra cultura, sobre todo material. Esta investigación se llevó a cabo como parte de un proyecto internacional de estudio del habla culta del mundo hispánico. Resultado del análisis de este *Léxico* es mi artículo “Competencia léxica del santiaguino culto”²¹⁷.

Como puede advertirse, siempre, junto a una tradición purista, academicista, moralista y clasista, ha habido en Chile una tradición científica nunca interrumpida desde que Rodolfo Lenz a fines del siglo XIX introdujera en nuestro país la Lingüística, la Gramática y el Folclor como ciencias. Pero, a pesar de todo lo que hemos hecho con esta orientación, estimo que falta aún un diccionario del español de Chile que se desprenda del principio de contrastividad con el Diccionario de la RAE, pues mientras esto ocurra no se sabrá, obviamente, cómo se habla en nuestro país, y que

²¹² 2.ª ed., Santiago, 1974.

²¹³ 2.ª [¿4.ª?] ed., Santiago, Nuevo Extremo, 2000.

²¹⁴ Santiago [?], Bravo y Allende Editores, 2002.

²¹⁵ Santiago, Departamento de Psicología, Universidad de Chile, 1977.

²¹⁶ UNAM, 1987.

²¹⁷ En *Revista Chilena de Humanidades* [Santiago] 9, 1987: 33-53.

sea solo un inventario, y no un código, del vocabulario que usamos en nuestra manera de hablar, tanto culta como inculta, formal e informal.

Lo expuesto hasta aquí solo constituye una muestra de lo mucho que se ha escrito en Chile sobre *l é x i c o*, relacionado, como se ha visto, con una gran variedad de temas. Es posible que existan, en algunos casos, estudios más importantes que los que he citado, pero creo que estos son lo suficientemente representativos de lo que he querido mostrar: la temática de tales estudios, independientemente de su calidad. Información complementaria puede obtenerse en la bibliografía que se acompaña.

ÍNDICE DE SIGLAS

AFFE	<i>Anales de la Facultad de Filosofía y Educación</i> . Universidad de Chile. Santiago.
ASCPV	Academia Superior de Ciencias Pedagógicas, Valparaíso.
AUCH	<i>Anales de la Universidad de Chile</i> . Santiago.
BACH	<i>Boletín</i> (de la) <i>Academia Chilena</i> (de la Lengua).
BFUCh	<i>Boletín de Filología</i> de la Universidad de Chile. Facultad de Filosofía y Humanidades, Departamento de Lingüística, Universidad de Chile, Santiago.
BHI	<i>Bulletin Hispanique</i> . Bordeaux.
CUHSO	<i>Cultura, Hombre, Sociedad</i> .
DRAE	<i>Diccionario de la lengua española de la Real Academia Española</i> .
EF	<i>Estudios Filológicos</i> . Facultad de Filosofía y Humanidades, Universidad de Chile, Valdivia.
RAE	Real Academia Española.
RLA	<i>Revista de Lingüística Teórica y Aplicada</i> . Instituto Central de Lenguas. Universidad de Concepción.
SOCHIL	Sociedad Chilena de Lingüística.
UNAM	Universidad Nacional Autónoma de México.
UPACE	Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, Valparaíso.
UPLA	Universidad de Playa Ancha de Ciencias de la Educación, Valparaíso.
USACH	Universidad de Santiago de Chile.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- OROZ, RODOLFO. 1940. Bibliografía filológica chilena (Analítico-crítica). *Boletín* (de la *Academia Chilena* (de la Lengua), Tomo VII, Cuadernos XXV y XXVI: 61-168, Santiago.
- RABANALES, AMBROSIO. 1964. Pasado y presente de la investigación lingüística y filológica en Chile. *BFUCh* XVI: 121-143.
- ROJAS CARRASCO, GUILLERMO. 1940. *Filología chilena. Guía bibliográfica y crítica*. Santiago, Imp. y lit. Universo.
- SÁEZ GODOY, LEOPOLDO. 1969. Los estudios sobre el lenguaje en los *Anales de la Universidad de Chile* (1843-1969). Ordenaciones temático-analítica, alfabética y cronológica. *AUCh*, año CXXVII, N° 149: 5-280.
- . 1974-1975. La lingüística en Chile: Artículos sobre temas lingüísticos publicados en revistas chilenas. (1843-1972). *BFUCh* XXV-XXVI: 151-287./ (1976) XXVII: 163-280./ (1977) XXVIII: 187-314./ (1978) XXIX: 259-272.
- Valencia, Alba. 1995. *Chile. El español de América*. Cuadernos bibliográficos 6. Alfal. Arco/ Libros.